



CONTRA LOS ESTEREOTIPOS ► Aurelio Gabarri León está a punto de terminar segundo de BAC y convertirse así en el primer chico lucense de etnia gitana que logra esta titulación. Tiene 29 años y cinco hijos y su afán es aprobar una oposición. Si puede ser de Policía, mejor.

Un gitano que abre camino

TEXTO: MAR M. LOUZA
FOTO: VICTORIA RODRÍGUEZ

AURELIO GABARRI León quiere que sus cinco hijos estudien carreras y/o aprueben oposiciones. Y no solo quiere inculcarles esa ambición con palabras, también con el ejemplo. Él está a punto de convertirse en el primero chico lucense de etnia gitana que consigue el Bachillerato. Le falta solo una asignatura, que tendrá que quedar ya para el curso que viene porque se le resistió en la convocatoria de septiembre. Y cuando la apruebe, también quiere presentarse a las pruebas de acceso a la universidad, por si acaso un día puede estudiar una carrera. Ahora tiene sus miras puestas en aprobar una oposición y en encontrar un trabajo, pero en algún momento si se dieran las circunstancias, le gustaría ser educador social.

El padre de Aurelio también le inculcó la idea de que tenía que estudiar para salir adelante, pero asegura que el colegio no le resultó fácil y que los prejuicios hicieron su infancia «bastante fastidiada». En la escuela, dice, «te veían diferente por ser gitano, te insultaban, te excluían, nunca te pasaban los apuntes», recuerda. Solo le faltaba un curso para acabar la secundaria cuando se comprometió con su mujer. Él tenía 16 y ella uno menos y enseguida nació su primer hijo. «No fue obligado, sucedió así», explica Aurelio, que le agradece a su esposa todo el apoyo que ha tenido de ella desde entonces. «Nunca me puso trabas para que me formara y estudiara y cada vez que me llevé un chasco con algo ella me decía tranquilo, prepara otra cosa, ya te saldrá. Dice que hay que intentarlo hasta que se consigue», cuenta. Además de apoyarlo también asume «el doble de trabajo para que yo pueda hacer algo», admite. Ella poco puede hacer con cinco criaturas de entre 12 y 2 años, pero, añade Aurelio, «se acaba de sacar las competencias clave y cuando los niños sean ma-



Aurelio Gabarri, en el parque Rosalía de Castro.

yores le gustaría formarse más».

Después de casarse, Aurelio se planteó volver a estudiar porque es algo que le gusta, así que preparó la prueba de acceso a un ciclo medio de FP. Cursó Mecanizado y Mantenimiento de Máquinas y lo hizo en los dos cursos preceptivos, pero dio de bruces otra vez con los prejuicios. «Cuando llega el momento de hacer las prácticas todos tienen destino, menos yo», recuerda, y cuando pregunta a qué se debe, el coordinador le reconoce que ninguna empresa quiso hacerse cargo de él por ser gitano. Otro mazazo en la lista: «Me esfuuerzo por ser alguien en la vida y me siguen juzgando como a un gitano que anda en malas cosas», se lamenta. Sin embargo, finalmente lo aceptaron en una empresa, donde, asegura, le dijeron que

Fue el primer joven de etnia gitana que consiguió un título de FP en Galicia, con un ramo de Mecanizado y Mantenimiento

era de lo mejor que habían tenido. Pero la crisis estaba pegando duro y no podían coger a nadie.

En el paro, y cobrando la Risga, se decide a preparar la oposición a Policía Nacional, que es lo que le gustaría ser. Pero cuando sale la convocatoria, apenas hay plazas y decide dejarlo porque no podía permitirse la academia.

Dice que su afán es «no depender del salario social» y para ello ha ido cogiendo lo que podía, como un taller de empleo del Concello

para digitalizar documentos históricos. «Cobraba solo cien euros más que con la Risga, y tenía que ir de siete a tres, pero me compensaba porque aprendía y no tenía que depender del salario social». Pero se acabó el taller y volvió a la Risga. Entonces colaboraba con la Fundación Secretariado Gitano y allí le propusieron hacer el Máster en Intervención con la Comunidad Gitana de la Universidad de Navarra. Aceptó y lo terminó, pero sus perspectivas de empleo seguían siendo escasas, así que se planteó volver a preparar las oposiciones a Policía. Sin embargo, en ese momento, cambia la ley y exigen el bachillerato, así que se dirige al Ingabard, para hacerlo en la modalidad de adultos por la rama de Humanidades.

El primer curso, dice, tuvo que atender a su padre diabético, que sufrió serios reveses de salud, y suspendió cuatro asignaturas, aunque sacó el resto con «bastante buenas notas, seis, siete y ocho», asegura. Se volvió a matricular de ellas y de todo segundo el curso pasado. En junio consiguió sacar casi todo, pero una operación de nariz que no pudo retrasar le impidió presentarse a todo, así que para septiembre se quedó con tres materias, de las que aprobó dos. Además de preparar los exámenes de septiembre también empezó a preparar las oposiciones de auxiliar administrativo del Estado porque está convencido de que en las convocatorias de empleo público es donde más opciones tiene de que se valoren sus conocimientos y no su origen.

Para este curso seguirá preparando la materia que le queda, Lengua y Literatura Española, y las oposiciones, pero le gustaría trabajar. «Si alguien me diera la oportunidad de tener un puesto de trabajo lo agradecería», dice. Compatibilizar no sería problema: «A un trabajo no se le puede decir que no, ya me organizaría para seguir estudiando», apunta.

Cambio

«Las nuevas generaciones vienen fuerte y muchos acaban secundaria»

Aurelio Gabarri está convencido de que paulatinamente se está produciendo un cambio en la comunidad gitana. «Las nuevas generaciones vienen con mucha fuerza y casi todos acaban secundaria», dice. Sin embargo, admite que el hecho de que su caso sea excepcional demuestra que el nivel formativo está aún bastante por debajo de la media: «Muchos no estudian más, ya sea porque no le gustan los estudios o porque se encuentran con estereotipos que los desaniman». También reconoce que hay diferencias entre hombres y mujeres: «Es cierto que para la mujer es más complicado, pero pasada esa barrera hay más mujeres con formación que hombres; se ve muy claramente en los encuentros de la fundación», apunta. «A los hombres se nos exige que empecemos a ganar dinero pronto en lo que sea», apunta.

En su caso, añade, se esfuereza por que a sus hijos les vaya bien: «Intento llevarlos lo mejor que puedo y voy siempre a hablar con los profesores», dice. Y tiene claro que, aunque a él nadie le obligó a casarse joven, para ellos quiere «que tengan sus carreras o sus oposiciones y después que encuentren la pareja adecuada».

Quiere seguir formándose y demostrar que tener estudios sirve para algo. No solo lo pretende por él, sino porque le gustaría que los jóvenes en su comunidad lo vieran como un ejemplo de que estudiar sirve para tener una vida mejor. «Tengo unos principios y quiero inculcárselos a mis hijos, que vean ellos y otros niños que se puede estudiar. Si con formación no se encuentra trabajo, imagínate sin ella», insiste, para añadir que hasta que no cursó el ciclo de FP nunca tuvo a nadie que lo apoyara.